

La Gloria de la Gracia Libre

Un sermón basado en Salmos 100:3

Por Wulfert Floor (sermón 07)

Lectura Bíblica: Salmos 100:3

Salterio 268:1-4

128:2, 3

382:1, 2

53:1-5

Introducción

Hay dos clases de personas en el mundo, y siempre ha sido así. Unos son los miserables esclavos y siervos de Satanás; estos forman la gran mayoría, entre ellos se encuentran muchos reyes, príncipes y poderosos. Estos son los que están contentos en este mundo, y que odian la adoración verdadera de Dios. Nunca han experimentado su necesidad de la sangre limpiadora y del Espíritu santificadora de Cristo. Es el pueblo que anda en el camino ancho que lleva a la destrucción; y como consecuencia, ellos serán eternamente miserables y condenados si entran a la eternidad en esta condición.

Otros son aquellas personas que también viven en este mundo, pero son completamente distintas a la primera clase de personas descritas arriba. Ellos han sido esclavos de Satanás en el pasado, pero, por causa de la gracia libre y soberana de Dios, han sido liberados del reino oscuro de Satanás, y han llegado a formar parte de la posesión eterna de Cristo. En comparación al primer grupo, ellos son muy pocos, y entre ellos *no* se encuentran muchos reyes, príncipes y poderosos. Hay un lazo que une su corazón al Señor y a Su servicio, y ellos desean vivir de una manera santa ante Dios. Este pueblo experimenta cada día su necesidad del poder limpiador de la sangre de Jesús, y siempre oran a Él por el derramamiento abundante de Su Espíritu Santo. Es un pueblo que ya vive aquí abajo en la comunión con el Señor y en Su favor, y quienes serán salvos eternamente para siempre disfrutar de la plenitud de gozo ante el trono de la gloria de Dios.

Ahora bien, querido amigo, déjame preguntarte: ¿A cuál de estas dos clases de personas perteneces tú? Si todavía estás en el primer grupo que no conocen a Dios, eres un motivo de mucha lástima. Espero que Dios te dé contrición por tus pecados, y que vayas rápido y urgentemente a Jesús, Quien nunca rechazará a alguien que viene a Él en verdad. Sin embargo, si tú perteneces al segundo grupo, a los que conocen a Dios, tú eres muy bendecido. Tú has experimentado la obra poderosa de Dios en tu alma; Dios te ha cambiado de un corazón endurecido a hijo de Abraham. Por eso es tu deber solemne dar todo el honor y gloria a la gracia libre de Dios.

Hoy quisiera hablar algo acerca de esta gracia libre de Dios. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Salmos 100, versículo 3, donde leemos la Palabra de Dios así: *“Reconoced que Jehová es Dios; Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado”*.

Encontramos dos pensamientos principales en este texto:

- 1. Un incentivo para que el pueblo de Dios reconozca las perfecciones de Dios con todo el corazón; y**
- 2. Una rendición de alabanza a Dios por Su omnipotencia y Su gracia libre, por las cuales un pobre pecador es aceptado al pueblo de Dios y se hace oveja de Su prado.**

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, **en primer lugar**, cuando leemos *“Reconoced que Jehová es Dios”*, también podemos interpretar estas palabras como “Reconocedlo como el Gran Jehová, Quien existió desde la eternidad, Quien ha creado todas las cosas como el Dios Todopoderoso, Omnipotente, Omnisciente, recto y misericordioso”.

Por lo tanto, “reconoced que Jehová es Dios”, y no los ídolos de los paganos. Él es el Único Dios a Quien tenemos que servir y obedecer. Él es nuestro Creador en cuanto a la naturaleza, y Él es el que crea de nuevo en cuanto a la gracia; por tanto es nuestro deber servirle y obedecerle. Debemos servirle en la casa, en privado, pero también en público, entre los santos y también entre la gente del mundo.

Hijo de Dios, desde ahora hasta tu vejez, tú debes servirle con todo corazón. Él te ha amado desde la eternidad, y te ha elegido a la salvación. Hace más de veinte siglos la sangre del bendito Hijo de Dios pagó por tus pecados y te salvó del infierno. En Su gran misericordia, Dios te ha provisto con todas las cosas necesarias para esta vida: tu comida y tu ropa. Puede ser que te hayas enfermado gravemente y hayas sido expuesto a graves peligros en tu estado no regenerado, pero no podías morir hasta que te hubiera acontecido aquel milagro divino, pues Dios te eligió a la salvación desde la eternidad. En ese tiempo antes de tu regeneración, Dios, en Su paciencia inexpressable, soportó tus transgresiones, y Él te llevó a los medios de la gracia, o tal vez trajo los medios de la gracia a ti. Quizás pareciera que esos medios de la gracia fueron en vano para ti por muchos años, pero en el tiempo del Señor llegaron a ser bendecidos a tu corazón. Así es que por la Mano Divina fuiste llevado al Mediador. Aprendiste a pedir perdón y orar por la gracia. Tu andar cambió, igual que tus amigos y tus deseos; llegó a ser tu deseo ferviente de estar en comunión con Dios, y de adorarlo perfecta y constantemente, y de amar todos Sus mandamientos. *“Reconoced que Jehová es Dios”*, y muéstralo con tus palabras y hechos que no te cansas de servirle. Demuestra que no sólo acudes a Dios porque es tu deber, sino que lo haces porque es tu consuelo y tu salvación, y por lo tanto no te arrepientes de haberlo escogido como tu Señor y Maestro.

En segundo lugar, “*Reconoced que Jehová es Dios*” y que Él es “muy limpio de ojos para ver el mal” (Hab. 1:13). Cuídense de no pecar, porque el Señor ha dicho: “*En los que a mí me acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado*” (Lv. 10:3). En Su gran amor, el Señor soportará nuestras debilidades, pero si nosotros tenemos una mala profesión y andamos en un camino que desvía de los preceptos de Dios, Él esconderá Su rostro y ocultará Su amor, y nos hará vivir en las tinieblas espirituales. Un hijo de Dios no peca ligeramente. El cristiano falso puede pecar fácilmente, y aún así seguir hablando acerca de Dios y orando con mucho consuelo imaginado, como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, si el cristiano verdadero se hace culpable de un pecado deliberado, sea en público o en privado, de lo que sea fuera de sus debilidades como hombre, entonces el Señor le hará sentir la amargura del pecado. Muchas veces tal persona se sentirá solo por semanas o hasta meses, y no disfrutará de ningún consuelo del cielo en su corazón. Llega a ser como “el odre al humo” (Sal. 119:83), y con el Salmista su queja es: “*Se volvió me verdor en sequedades de verano*” (Sal. 32:4). Tomemos un ejemplo de la vida natural: un padre puede soportarlo cuando ve que los hijos de su vecino se golpean; sin embargo, si sus propios hijos actúan así, él los agarra y los castigará. Este padre actúa así no porque ame a los hijos de su vecino y esté malo con sus propios hijos, sino al contrario: su relación como padre requiere que castiga a sus propios hijos en amor y por su propio bienestar. Oh amigos míos, “reconoced que Jehová es Dios”, y por lo tanto si ustedes se dan al pecado, el Padre lo verá y los castigará con Su vara. Por eso, “Mirad y velad”.

En tercer lugar, hijo de Dios, “reconoced que Jehová es Dios”, y por eso tú puedes encomendar a Él todos los asuntos de tu vida temporal y eterna. Él te llevará y te cuidará. Es posible que tú no experimentes el reposo, el placer y la abundancia que tus deseos carnales quisieran tener, porque aquí en el mundo siempre experimentarás tanto la adversidad como la prosperidad. No obstante, Jehová es Dios, y con Su sabiduría eterna Él sabe exactamente lo que tú necesitas. Él te dará la fuerza para llevar la cruz que Él te da; Él asegurará que no sea ni demasiado pesada y que no lo tengas que llevar por demasiado tiempo. Él nunca te dejará ni te abandonará. Él “*es poderoso para guardaros sin caída*” (Judas 1:24). Después de que tú hayas servido el propósito de Dios aquí en esta tierra, Él te llevará al cielo. Tú eres una criatura pobre y débil, incapaz de luchar contra el poder y las artimañas de Satanás, quien tiene más de 60 siglos de experiencia y quien te destruiría si Dios no te cuidara y te protegiera. Además, tú vives en un mundo lleno de tentaciones, y llevas contigo un corazón que tiene la semilla de cada pecado por dentro. Si tan sólo alguien te mira de una manera no amable o te dice una palabra que no te gusta, muy pronto pierdes la experiencia de la vida eterna que vive en ti. Es más, ¡cuántas veces tienes que luchar con tu propia indiferencia y tu inclinación hacia todos los placeres del mundo! Si el Señor no te guardara, tú volverías con Demas con las cosas del mundo (2 Ti. 4:10). Sin embargo, ¡no temas! El Señor te cuidará, y Él te llevará a Su reino, “*...porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*” (Ro. 11:29).

En cuarto lugar, Jehová es Dios, y Él es fiel, longánimo y misericordioso, y por causa de los méritos y la intercesión de tu Fiador, Él te perdonará tus pecados. Así que por más que tú tropieces y tengas que confesar que el mal mora en ti, Él te salvará. Si el Señor fuera una persona, sería como el apóstol Pedro, quien vio como mucho perdonar a su hermano hasta siete veces. Sin embargo, el Señor “...conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal. 103:14), y por eso Él nos perdona setenta veces siete cada día. “Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Sal. 86:5). Por lo tanto, es necesario que toda persona reconozca que Jehová es Dios, para que no busque en el mundo lo que sólo se encuentra en Dios. Es necesario que el alma que busca a Dios reconozca esto, para así acercarse al trono de la gracia y recibir una muestra del amor inexpressable de Dios para con pecadores, y el perdón que Él otorga por el amor a Cristo.

En quinto lugar, “reconoces que Jehová es Dios”, Quien ha hecho todas las maravillas hermosas de la naturaleza. Cada primavera Él renueva la tierra, para que cantemos con David: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios” (Sal. 104:24). Toda la creación, tanto las millones de personas como los animales innumerables, tanto arriba en el cielo y debajo de la tierra, igual que el maravilloso sustento que se la da a cada criatura, incluso el gran roble con el cual nuestro cajón será hecho; todo testifica que Jehová es Dios.

En sexto lugar, algún día cada persona reconocerá que Jehová es Dios. Jehová “...herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Is. 11:4). Hoy en día hasta los niños que apenas pueden hablar maldicen, siguiendo el ejemplo de sus padres. Miles de personas viven en la lascivia, las borracheras, el odio, la deshonestidad, la profanación del día de reposo, y muchos pecados más. La verdad se oye menos y menos, incluso en las iglesias, y así es que miles de millones de personas en las iglesias se consideran buenos y listos para encontrarse con Dios. Con todo esto, Dios mantiene silencio. De vez en cuando se ven los juicios visibles de Dios, como los huracanes, inundaciones, terremotos y otros juicios. Sin embargo, como dice la Palabra de Dios: “Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ecl. 8:11). No obstante, algún día todos los hombres reconocerán que Jehová es Dios, cuando Él venga como Juez en las nubes. Entonces los malos lo considerarían como un privilegio si los montes y las peñas pudieran caer sobre ellos (Ap. 6:16) para no tener que encontrarse con el rostro airado de Aquel que se sienta en el trono del juicio.

En séptimo lugar, si tú te encuentras en caminos de aflicción y adversidad, y si tienes que decir con Pablo: “...de fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Co. 7:5), no te quejes, sino recuerda que Jehová es Dios, y trata de decir con Elí: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere” (1 Sam. 3:18). No te rebeles contra el Señor, sino arrodíllate delante de Él, porque en Su soberanía Él hace lo que Le complazca a los que son Suyos. He leído que cuando murió la hija del reformador piadoso Felipe Melancton, él estaba

tan afligido y rehusaba consuelo. Le vino su amigo Martín Lutero para tratar de consolarlo, pero tampoco pudo animarlo. Los dos hombres de Dios se sentaron juntos, y Melancton abrió su Biblia justo a este pasaje: *“Reconoced que Jehová es Dios; Él nos hizo”*. El Señor hizo que estas palabras penetraran su corazón de modo que recibió consuelo en su gran aflicción.

Por último, toda alma que ha sido regenerada y restaurada en comunión con el Señor reconocerá que Jehová es Dios, sea en caminos amargos o caminos fáciles. Los hijos de Dios reconocen que tanto la luz como las tinieblas, tanto la dulzura como la amargura, todas las cosas les ayudan a bien a los que aman a Dios (Ro. 8:28). Por lo tanto leemos en Habacuc 2:20: *“Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra”*.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento vamos a considerar la rendición de alabanza agradecida en cuanto a la omnipotencia y la gracia libre, por las cuales un pobre pecador es aceptado al pueblo de Dios y se hace oveja de Su prado. *“Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado”*.

En primer lugar, el pueblo de Dios es *Su* pueblo. Antes era un pueblo que no quería escuchar a Dios, sino que andaba según los placeres de su propio corazón malo y engañoso. Sin embargo, ahora le ha acontecido como dice el profeta: *“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz”* (Is. 9:42). Los hijos de Dios eran ciegos, pero ahora ven; eran sordos, pero ya oyen; han resucitado de los muertos. Este pueblo ya anda con gozo en los caminos santos de Dios.

En segundo lugar, estas personas no sólo pertenecen al pueblo de Dios externamente, sino que también han cambiado verdaderamente y tienen un corazón y estado renovado. Por eso se les llaman “ovejas de Su prado”. En varios lugares de la Palabra de Dios el pueblo de Dios recibe este nombre. Por un lado esto significa que ya no son las “cabras” del diablo, sino que son mansos, limpios, y beneficiosos para su prójimo en todo sentido. Por otro lado, este nombre nos muestra que ellos participan en todo respecto en el amor y el cuidado de Él Quien es el Buen Pastor. Es Él que los guía y los apacienta en los pastos de la Palabra y del Espíritu; es Él que fortalece su corazón por Su gracia, recogiendo a los débiles en Sus brazos, llevando los corderos en Su seno, para que ellos puedan decir: *“Jehová es mi pastor; nada me faltará”* (Sal. 23:1).

En tercer lugar, ellos han sido *hechos* hijos Suyos y ovejas de Su prado; no fueron ovejas desde su nacimiento, sino que fueron hechos así luego. Si una persona queda en la misma condición en la cual entró a este mundo, él sigue y seguirá siendo una persona que no conoce la vida con Dios, *“...sin esperanza y sin Dios en el mundo”* (Ef. 2:12). Es necesario que sea hecho una oveja durante esta vida para no quedar con las cabras en el Día de Juicio.

En cuarto lugar, ¿quién ha hecho que los hijos de Dios sean ovejas de Su prado? No ha sido ninguna persona ni una multitud de ángeles, sino el Señor, pues sólo Él es Dios. Él que creó el mundo es el mismo que ha aplicado Su gracia regeneradora a sus almas. Por Su poder absoluto y Su gracia infinita, Él los *“...hizo aptos para participar de la herencia de los santos en la luz, el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de Su amado Hijo”* (Col. 1:12, 13). Por eso aquellas almas benditas son llamadas la “hechura” de Dios, *“...creados en Cristo Jesús para buenas obras”* (Ef. 2:10). Dios Mismo lo dice en Isaías 43:21: *“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará”*.

En quinto lugar, y por último, el Señor los ha hecho así, y ellos mismos no han añadido ni siquiera una buena obra ni un suspiro a su salvación. Por eso nuestro texto dice tan enfáticamente: *“Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”*. Nosotros no hemos hecho nada para nuestra salvación; somos pecadores desde el vientre, y no podemos hacer nada para cambiar nuestro corazón, igual que el leopardo no puede cambiar sus manchas y un etíope no puede cambiar su piel. El pueblo de Dios tiene que decir con el profeta: *“Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos”* (Jer. 10:23). Es uno de los “títulos” más prominentes y de honor que Dios tiene; es decir, *“El cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”* (Ro. 4:17). Ahora bien, *“¿dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida”* (Ro. 3:27). Cada persona que, por la gracia, ha llegado a conocer su propio corazón malo e impío, y quien se ha dado cuenta de su dependencia total en la gracia de Dios que lo acompaña y lo cuida, estará muy de acuerdo con el escritor de nuestro texto, y dirá con todo corazón: *“El nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”*. Es el Dios Trino quien nos ha hecho así, y es a Él que deseamos alabar tanto aquí como en la eternidad por toda Su obra de la salvación.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 382, las estrofas 1 y 2**.

APLICACIÓN

Congregación, ¿cómo es el caso entre Dios y su alma? ¿Tienen un motivo bien fundamentado para decir: “El Señor nos hizo, y somos ovejas de Su prado”? ¡Oh queridos amigos, las ovejas de Cristo son muy pocas! La mayoría de personas pertenece a las cabras y los lobos de Satanás; así que no se sientan tan tranquilos sin el fundamento único, porque todos nosotros estamos viajando hacia la eternidad. A tal fin, consideramos tres pensamientos para terminar el mensaje, con la esperanza de la bendición de Dios.

En primer lugar, mencionaré varias clases de personas acerca de las cuales me atrevería a decir que no pertenecen al pueblo de Dios y no son ovejas de Su prado.

Aquellas personas que no saben nada acerca de “Jehová es Dios” no son parte del pueblo de Dios ni ovejas de Su prado. Nunca han llegado a conocerlo en Su santidad, Su justicia, Su verdad, Su gracia y Su misericordia. Estas personas jamás se han dado cuenta de que están separados de Dios por naturaleza;

tampoco se dan cuenta de que es necesario que experimenten que el Mediador precioso haga reconciliación y satisfacción para ellos ante Dios. Estas personas nunca sintieron un deseo de servir a Dios, y pocas veces o nunca se han arrodillado delante de Él, pidiéndole Su Espíritu. Lamentablemente, las personas así no son pocas; hay muchas personas así. Pueden vivir fácilmente sin Dios, buscando sus comodidades y placeres en este mundo. Es su deseo que no tuvieran que morir, y que no les esperara una eternidad; más bien, quisieran quedarse aquí en el mundo para siempre.

Hay otras personas que claman fervientemente a Dios una y otra vez cuando están con dificultades. Por ejemplo, si están enfermos y tienen miedo de la muerte, o si uno de sus seres queridos está con peligro de morir, o si su conciencia les habla, entonces claman a Dios en el momento. Sin embargo, cuando no sucede lo que habían temido, ya no claman más al Señor. Son aquellas personas de las cuales leemos en Salmos 78:34 y 36: *“Si los hacía morir (es decir, cuando estaban en muchas aflicciones), entonces buscaban a Dios; entonces se volvían solícitos en busca suya...pero le lisonjeaban con su boca, y con su lengua le mentían”*. Oh, he conocido a muchas personas que se preocupaban mucho sobre su bienestar eterno cuando estaban sufriendo una enfermedad y estaban en la borde de la eternidad. Hacían grandes promesas de seguir a Dios y servirle desde aquel momento y para siempre, si tan sólo pudieran estar liberados de la ira de la muerte y lo terrible del juicio que les esperaba. Sin embargo, tan pronto que esa liberación les llegó, se manifestó muy claramente que su conversión fingida quedó en la cama, mientras que ellos se levantaban de la cama. Se evidenció que volvieron al mundo, y aun se atrevían a andar más que nunca en el camino que lleva a la destrucción, aun más que antes.

Hay otras personas aun que constantemente vacilan entre el servicio al Señor y el servicio al mundo. A veces les parece bueno tener a Jesús como su porción, y en otras veces no tienen ningún deseo andar en un camino tan estrecho. A veces les habla su conciencia, y como resultado hacen una resolución de orar y buscar al Señor. Sin embargo, les llegan otros momentos cuando el servicio del mundo les parece tan agradable, de modo que están dispuestos a abandonar a Jesús por ello. Así estas personas van pasando los días, y tal vez cuando finalmente quieren pensar en Dios, ya será demasiado tarde, y pagarán por su amor al pecado con la contrición tarde en la miseria del infierno.

Hay otras personas que saben hablar muy bien acerca de grandes cosas espirituales, pero su corazón todavía está ligado con el pecado, y cuantas más cosas pueden experimentar en este mundo, tanto más felices están, siempre pensando que aun así su alma será salva al final. Si se les examinan de cerca, no son más que espinos, y por más que hablen mucho, se puede ver que no se encuentran frutos en ellos. Oh amigos, si tenemos una buena esperanza de entrar en el cielo, los lazos con el pecado tienen que ser rotos, y tenemos que decir con el apóstol que el pecado *“...produjo en mí la muerte”* (Ro. 7:13).

Todavía hay otras personas que hablan muchísimo, pero no tienen el verdadero amor de Dios y no experimentan la verdadera necesidad de tener los pastos de la Palabra de Dios y Su Espíritu. Ellos

prefieren alimentar su alma con el honor y el respeto de este mundo. No comprenden su gran necesidad del Espíritu de Dios, el cual hace que el alma sea tan destituida de modo que clame desde su aposento por la obra del Espíritu. Estas personas no entienden las palabras del Salmista: “*¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es mi meditación*” (Sal. 119:93).

Hay otras personas que dicen que son ovejas del prado de Dios, pero no muestran el amor en lo más mínimo para con los que verdaderamente son las ovejas del Señor. Estas personas prefieren andar con el mundo, y no quieren tener nada que ver con los hijos de Dios. Más bien, sus compañeros no son las ovejas de Jesús, sino los lobos y las cabras de este mundo.

Querido amigo mío, ¿eres tú una de las personas que hemos mencionado? Si es así, es mi deseo que el Señor aún te enseñe cuán miserable es tu caso, y que tú ores al Señor pidiéndole que te enviara Su Espíritu para que puedas ser hecho oveja de Su prado en verdad. Espero que no para ti no sea en el Día del Juicio que tú aprendes que Jehová es Dios, porque “*¡Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo!*” (Heb. 10:31). Amigo, la puerta todavía está abierta, y el número de los que serán salvos todavía no se ha cumplido. Todavía se predicán a los pecadores las buenas nuevas del Evangelio. Jesús es igual el Todopoderoso hoy, tal como siempre ha sido y siempre será. La muerte aún no te ha llevado a tu destino eterno. Sobre todo, que el Señor te enseñe que has perdido todo en el Paraíso, y que tú no puedes hacer ningún hecho para tu salvación. Como una persona incapaz e impotente, tienes que aprender que necesitas a Cristo, Quien hará todo para un pecador miserable y perdido. Oh, que Dios te enseñe a clamar por Él como el ciervo brama por las aguas, pues esto sería el primer paso hacia tu salvación eterna. Mientras tú piensas librarte a ti mismo con tu piedad y aun sirviendo al mundo, tú eres una criatura de las más miserables, por más que poseas muchos bienes de este mundo.

En segundo lugar, consideramos las experiencias del pueblo de Dios, las verdaderas ovejas de Su prado.

Tarde o temprano los hijos de Dios aprenden que por naturaleza ellos también pertenecen a las cabras del diablo. Sin embargo, llegan a tener un gran anhelo de ser hecho oveja del prado de Jesús, y es su gran deseo ser liberado por completo de su naturaleza pecaminosa. Ellos se sienten incapaces de hacer algo por sí mismos, y reconocen que es Dios Quien los lleva para ser ovejas de Su prado. A tal fin nace un clamor en su corazón a Dios, que Él haga lo que nunca pueden hacer ellos.

También los hijos de Dios llegan a experimentar su necesidad de la sangre del Cordero. Ellos aprenden que un Dios santo no puede tener comunión con ellos a menos que sea por medio de la sangre derramada del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Oh, ¡entonces el camino de la reconciliación se hace tan precioso para ellos!

Mientras los hijos de Dios oraban a Dios sin cesar por Su gracia y Su Espíritu, por la obra de la misma gracia y el Mismo Espíritu ellos eligieron encomendarse a Jesús y andar como ovejas de Su prado,

con toda humildad y piedad tierna todos los días de su vida. David lo dice así: *“Consideré mis caminos, y volví mis pies a tus testimonios. Me apresuré y no me retardé en guardar tus mandamientos”* (Sal. 119:59). Esto es el lenguaje de todos los hijos de Dios, y aunque tal vez no llegan a este nivel de la santificación como experimentó David, es el deseo de su corazón.

Otra experiencia del pueblo de Dios es que desea que todos los demás también sean salvos. No envidian a otros, sino más bien desean que conozcan a Dios. Su oración constante es: “Oh Señor, ¡que mi esposo, mi esposa, mis padres, mis hermanos, mis vecinos, y mis amigos también sean hechos ovejas de Tu prado! Es su gran deseo de que Jesús tenga muchas ovejas más en Su prado. Es más, si su fe está en acción, no dejan de recomendar a otros el bendito servicio del Rey Jesús, advirtiéndoles que vayan a Jesús antes de que sea tarde.

Las ovejas del prado de Jesús también experimentan un ferviente deseo del Pastor y de los pastos de Su Palabra y Espíritu Santo. Ellos experimentan que su corazón está fortalecido por Su gracia. Una y otra vez reciben consuelo en el tiempo de necesidad, y les anima para que no se desmayen en el camino. Algunos de ellos experimentan largos días de “verano”, durante los cuales “descansan en lugares de delicados pastos” (Sal. 23). Sin embargo, otros experimentan muchos días de “invierno”, cuando las ovejas no tienen más que comer que una paja seca. No obstante, sea lo que sea la condición de cada uno, el Señor pone delante de ellos la comida (Os. 11:4), y ninguno de ellos morirá de hambre espiritual.

Los verdaderos hijos de Dios no quieren asociarse con las personas muy mundanas que siempre están en el “lodo” de este mundo y la inmundicia del pecado. En cambio, las ovejas del prado de Dios son amigos y compañeros de los que temen al Señor.

Por último, quisiera considerar las obligaciones de las ovejas del prado de Dios.

¡Oh, pueblo de Dios! No nieguen la obra que el Señor ha hecho en su alma, sino denle a Él todo la gloria por ello. Digan constantemente con el Salmista de nuestro texto: *“Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”*, y con el Salmista en otro lugar: *“No a nosotros, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad”* (Sal. 115:1). No dejen de considerar lo que eran antes de que el Señor obrara en su corazón, y cómo es sólo por causa de la misericordia soberana que ustedes han sido hechos ovejas del prado de Jesús. Sean pobres y humildes, siempre orando con David que el Señor guarde a Sus siervos del orgullo.

Tal como una oveja del Antiguo Testamento era un animal limpio, de la misma manera les toca a las ovejas de Cristo manifestar al mundo que han sido limpiados por la sangre y el Espíritu del Cordero de Dios. Es muy importante que demuestren que Dios ha hecho un milagro en su alma; como ovejas que viven en medio de lobos, *“...Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt. 5:16). Es su llamamiento vivir

entre sus familias, amigos y enemigos de modo que el mundo diga sobre ustedes lo que el rey Saúl dijo a David: “*Más justo eres tú que yo*” (1 Sam. 24:17).

Demuestren a todos que aman a *todas* las ovejas de Cristo, y procuren servirles con amor. Especialmente traten de ayudar y buscar el bienestar de las pequeñas ovejas, y pórtense ante los demás como una oveja servicial que lleva muchos frutos.

No se desanimen ni duden su estado espiritual por el hecho de que no siempre experimenten que han sido llevados a delicados pastos por el Gran Pastor. A veces Dios emplea esta manera, llevando a Sus ovejas a pastos más áridos, para que por un tiempo tengan que decir con el profeta: “*¡Mi desdicha! ¡Mi desdicha!*” (Is. 24:16). (*Nota del T: anteriormente decía “¡mi flaqueza!” = más cercano al original- bg*). Tengan por seguro de que el Pastor Fiel siempre se encargará de lo siguiente: 1) A sus ovejas nunca les faltará comida; siempre tendrán lo suficiente para el camino; 2) Él siempre los ayudará en todas sus aflicciones, y Él los buscará y los guiará a pesar de que ellos se desvían; y 3) Él nunca dejará que ellos sean devorados por el lobo infernal, el diablo.

Oh ustedes, ¡los santos del Señor! Regocijense de que ya están caminando rápidamente a los pastos celestiales, de las cuales testifican las Escrituras: “*...el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos*” (Ap. 7:17). Amén.